

el tener Indios á los gobernadores y demas empleados de la corona, traspasó sus repartimientos á su muger é hijos. Mas al arribo de la Audiencia llamada *de los Confines de Guatemala*, fué uno de los oidores á tomarle residencia, y además de otros cargos que le hizo, quitó los Indios á su familia, por no haber sido hecha la traslación de dominio con arreglo á las leyes. Apeló el gobernador; pero la Audiencia confirmó lo hecho por su comisionado, y aunque apeló de nuevo y marchó á España á responder á los cargos que se le hacian, y á reclamar sus repartimientos, nada pudo conseguir, porque el Consejo de Indias tambien confirmó la sentencia.

Los interesados en el asunto quedaron tan descontentos de su resultado como era de esperarse, y principalmente Hernando, como hermano mayor, era el que mas quejoso se manifestaba, no solo en lo privado, sino tambien en público. Quiso su mala suerte que anduviese por allí entonces un Juan Bermejo, á quien Gasca habia desterrado del Perú, el que como hombre perdido que esperaba medrar en aquellas revueltas, se dedicó á inflamar mas el ánimo de Contreras para precipitarlo á una resolucion violenta. Decíale que aquel rico tesoro que el presidente traía, y aun todo el Perú, era suyo, porque su abuelo Pedrarias, de quien era heredero, habia sido uno de los asociados en la empresa del pri-

mer descubrimiento; ¹⁷ que se apoderase del dinero de Gasca y se fuese al Perú, en donde al punto se le reuniria multitud de gente, y podria alzarse con aquel imperio, sin que el rey fuese capaz de quitárselo, como no se lo hubiera quitado á Gonzalo Pizarro, á no ser por los desaciertos que cometió. Por este estilo le decia una infinidad de cosas, propias para exaltar el espíritu de un jóven, no muy templado de suyo ¹⁸ A ejemplo de Bermejo iban acudiendo á Hernando Contreras los muchos descontentos que andaban por aquellos alrededores, que por la mayor parte eran desterrados del Perú, y le ofrecian servirle hasta la muerte, ponderándole al mismo tiempo lo fácil de la empresa.

Cedió al fin Hernando á sus instancias que tan en armonía estaban con sus propios deseos, y resolvió dar principio á su empresa por el asesinato de una persona respetable como era el obispo de Nicaragua Don Antonio de Valdivieso, de la órden de Santo Domingo, cuyo único delito á lo que dicen, habia sido el proteger constantemente á los Indios; conducta que le

¹⁷ A Bermejo no le convenia reflexionar que cualquiera que fuese el derecho que al principio tuvo Pedrarias, lo habia cedido todo por el ajuste que tuvo con Almagro, y puede verse en el Apéndice del autor, núm. 5.

¹⁸ "Este Moço era brioso, i Caballero de calidad..... ambicioso, i de su naturaleza bullicioso." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 6, cap. 4.

habia hecho odioso á los Contreras, aunque no faltan otros que señalen diversas causas á la enemistad de estos. ¹⁹ La mayor parte de los conjurados, ²⁰ se conformó facilmente con que se llevase á efecto el asesinato, porque era gente poco escrupulosa, y en tratándose de medrar, nada les importaba un crimen mas ó menos.

Todo esto pasaba en la ciudad de Granada, y resuelto ya á ejecutar su intento, marchó Hernando á Leon de Nicaragua, dejando á su hermano Pedro, muy jóven aun, en compañía de su madre, para mejor encubrir sus designios. Llegado allá reunió en su casa con cualquier pretexto otros varios soldados á mas de los que él llevaba, y despues de arengarles del modo que le pareció mas propio para ganar su volun-

19 "Y aunque algunos despues quisieron disculpar á los matadores, dando por causa la mala condicion y peor lengua del obispo, que forçassen á quitarle la vida: no basta disculpa ninguna para hazer un hecho tan malo." (Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 6, cap. 12.) No tiene disculpa en efecto; mas parece que la conducta del obispo no era muy propia para ganarse las voluntades, si hemos de júzgarle por lo que de el refiere un cronista de su misma orden. V. Melendez, Tesoros Verdaderos de las Indias (Roma, 1681,) tom. I. lib. 2, cap. 8.

20 Entre ellos habia un fraile dominico. "Salió el fraile Castañeda con unas corazinas en lugar de los ábitos; y todos hechos una muela se fueron derechos á casa del obispo." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap. 7.—Tambien el padre Calancha, Cronica uoralida del orden de San Agustin en el Perú, (Barcelona, 1639.) lib. 1, cap. 20; y Melendez, Tesoros, tom. I. lib. 2. cap. 8.—Este último autor sigue enteramente á Fernandez en la narracion de estos sucesos, y á veces hasta copia sus palabras.

tad, salió inmediatamente á la calle dirigiéndose á la casa del Obispo. Segun parece, algunos de los conjurados no estaban muy dispuestos á tomar parte con la muerte del prelado, porque se empeñaron en separarse con varios pretextos; pero los cabecillas no lo consintieron, amenazando con la muerte á quien lo intentase. Así llegaron á casa del Obispo que estaba jugando al ajedrez, le sorprendieron, y sin mas preámbulo le mató Hernando á puñaladas.

Muerto el Obispo y saqueada por supuesto la casa, salieron los conjurados á la calle gritando *libertad, viva el príncipe Contreras*, y en seguida procedieron á apoderarse de los fondos públicos que tenia en su poder el tesorero, y de las armas y caballos de los vecinos. Dividiéronse luego los conjurados, yéndose Contreras con parte de ellos al Realejo, puerto del Mar del Sur, á apoderarse de unos buques, y dirigiéndose Bermejo con el resto á Granada, á pillar lo que se pudiese y á reclutar gente que engrosase sus filas. Tanto les habia ensoberbecido la felicidad con que habian ejecutado el primer golpe, que siendo tan pocos no vacilaban en dividirse de este modo.

Ya se sabia en Granada lo ocurrido en Leon, por lo que tomaron las armas hasta ciento veinte hombres, entre ellos Pedro de Contreras, para oponerse á Bermejo, segun decian; pero esto

solo fué una ficcion, porque todos estaban dispuestos á pasarse á los sublevados, y así lo hicieron tan luego como se avistaron, matando antes á Carrillo su capitan, é hiriendo á otros varios que no estaban de acuerdo en aquella traicion. Con esto tomó Bermejo posesion de la ciudad sin resistencia, y desde allí envió á un soldado llamado Salguero con alguna gente para que fuese á Nicoya, á lo mismo á que él habia ido á Granada. No permaneció allí Bermejo mucho tiempo, sino que pronto se fué á reunir con Hernando al Realejo, seguido de la gente que quiso ó él forzó á acompañarle, llevándose tambien consigo al jóven Pedro Contreras con gran pesadumbre de su madre D^{ña} Maria, quien de ningun modo aprobaba la mala conducta de sus hijos, pronosticándoles toda suerte de desgracias si en ella perseveraban. Los sucesos posteriores probaron la exactitud de sus predicciones.

Así que los sublevados desocuparon la ciudad de Granada determinaron los Alcaldes despachar un buque á Nombre de Dios con aviso de lo que pasaba, y lo despacharon en efecto.²¹ Cuando llegó esta noticia al Presidente, ya estaba informado de todo como arriba dijimos, y to-

²¹ Así lo afirma Herrera, niega y refiere de otro modo el (Hist. General, dec. 8, lib. 6, suceso. Hist. del Peru, Parte 2, cap. 3, 4); pero Fernandez lo lib. 1, cap. 7.

maba sus providencias para ir á socorrer á Panamá, para donde suponía que habian de dirigirse los revoltosos, y así lo tenia avisado á aquellos vecinos para que cobrasen ánimo.

Verificada la reunion de Bermejo con los dos hermanos Contreras, comenzaron á tratar sobre el partido que deberia tomarse. Opinaba Bermejo que obrasen con toda actividad, á fin de apoderarse de Panamá y Nombre de Dios, hecho lo cual y robado el tesoro, se encaminarian al Perú, en donde estaba él seguro de que serian muy bien recibidos; y á la verdad en el estado que guardaban las cosas, si así lo hubiesen ejecutado aun habrian prolongado mucho tiempo la resistencia. El plan fué adoptado, como puede suponerse, y su autor comenzó desde luego á ponerlo por obra, tomando y quemando los buques que habia en el puerto, escepto dos en que se embarcaron los conjurados dirigiéndose á Nicoya para recoger á Salguero. Despues continuaron su derrota á Panamá á donde llegaron de noche, y anclando en el Ancon á media legua del puerto, sorprendieron fácilmente cuatro ó cinco buques que allí habia, entre ellos uno de D^{ña} Maria de Peñalosa, madre de los Contreras. Saltaron luego en tierra dejando todos los navios al cuidado de Pedro Contreras, y como ya tenian noticias exactas de todos los pasos del presidente, lo primero que hicieron fué despa-

char á Salguero con veinte y cinco hombres en seguimiento suyo, y tambien para que se apoderase de la plata que encontrase en el camino, y situándose en la Venta de Cruces, interceptase todos los avisos que fuesen á Nombre de Dios, á fin de cojer desprevenida la ciudad. Como la mayor parte de los amotinados tenian motivos de sentimiento contra Gasca por su conducta en el Perú, ardian en deseos de haberle á las manos, y los que iban en su busca entretenian el fastidio de la marcha conversando entre sí sobre el trato que le darian así que le prendiesen. ²² Pero la buena fortuna de Gasca que tanto le habia favorecido en circunstancias mucho mas difíciles, no era de esperarse que le abandonase ahora.

Favorecidos de la oscuridad de la noche entraron muy facilmente los conjurados en Panamá el 20 de Abril de 1550, y comenzaron á saquear las casas de los principales vecinos, haciéndose dueños de un inmenso botin. ²³ Die-

²² "Y por grande encarecimiento dezian, que havian de hacer polvora del, porque la havian menester, y porque havia de ser muy fina, segun la astucia, rigor y engaño de tal hombre." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 11.

²³ "La maior presa, que nunca Cosarios havian hecho." Zá-

rate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.—Es tal la discrepancia de los autores sobre el monto de la suma de dinero de que se apoderaron los Contreras, y aun sobre el lugar en que la hallaron, que solo puede afirmarse vagamente se que se hicieron dueños de una cantidad considerable. V. Gomara, Hist. de las Indias, cap.

ron luego tras de las armas y caballos y algo recogieron de uno y otro, aunque las armas propias de la ciudad no pudieron hallarlas porque un vecino principal las habia escondido, y no lograron que revelase el lugar en que se hallaban por mas que le amenazaron. Prendieron tambien á los empleados públicos y á los vecinos principales, los que corrieron gran riesgo de ser ahorcados, pues se empeñaba en ello Juan Bermejo; pero se le opuso Hernando, contentándose con hacer jurar á los presos que no se opondrian á sus proyectos. De ahí resultó el que se formasen dos partidos entre los soldados divididos en opinion sobre este punto, y el que Bermejo reprehendiese ásperamente á Hernando, diciéndole que si trataba con tanta consideracion á sus enemigos, estos no se la habian de tener á él cuando cayese en sus manos. ²⁴

Como los alzados apenas pasaban de doscientos hombres, y ya habian dividido bastante sus fuerzas, no podian dejar guarnicion en Panamá para cuidar del tesoro robado; pero en vez de trasladarlo á los navíos, que era sin duda lo mas

193.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 8.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.—Garcilazo, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 11.—Melendez, Tesoros, tom. I. lib. 2, cap. 8. Herrera, al referir la toma de

Panamá, (dec. 8, lib. 6, cap. 5.) nada dice sobre esto.

²⁴ "Que tan buen pescueço tenía como el para cabestro (propio dicho de Francisco Carvajal.)" Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 8.

seguro, se le ocurrió á Juan Bermejo darlo en depósito á algunos mercaderes de la misma ciudad, haciendo que con juramento se obligasen á entregárselo á él mismo ó á Hernando de Contreras, cuando les fuese pedido. No fué esta á la verdad una de las menores faltas que cometió Bermejo. Salió á poco Hernando con unos cuarenta hombres en direccion de Nombre de Dios, y Bermejo le siguió en breve con el resto de la tropa, llevándose preso al tesorero real Gomez de Anaya. Solo quedaron en Panamá dos soldados que no pudieron encontrar caballos.

Idos los enemigos, comenzaron á reflexionar los vecinos, que mas les habian vencido su propio miedo y la sorpresa, que la fuerza de sus contrarios, y animados con la esperanza de recobrar lo que habian perdido, se decidieron á impedir á los enemigos la entrada de la ciudad cuando volviesen. Lo primero que hicieron fué despachar tres correos por distintos caminos para que llevasen á Nombre de Dios las nuevas de lo ocurrido, no fuese á suceder que el enemigo cogiese la ciudad desprevenida y se apoderase de ella. Los correos, aunque con trabajo, consiguieron burlar la vigilancia del enemigo, y todos llegaron oportunamente á su destino. Repicaron luego los vecinos las campanas, á cuyo sonido acudieron con sus criados y negros, todos los que antes se habian escondido, así como tam-

bien los Españoles que tenian haciendas en las inmediaciones, formando entre todos un cuerpo como de quinientos hombres. Visto esto por los dos soldados de Bermejo que se quedaron rezagados, se escaparon y corrieron á dar aviso á su jefe de lo que pasaba en Panamá. Sorprendióle la noticia, porque no creia á los vecinos capaces de esta determinacion, y se preparó á volver inmediatamente sobre la ciudad; pero antes envió á Salguero órden de reunírsele, y comunicó la noticia á Hernando, encargándole guardase los pasos de la sierra de Capira para que no viniesen socorros de Nombre de Dios, mientras él se volvía á Panamá, á castigar á aquellos *traidores*, y á embarcar lo que habian cogido, añadiendo que allí lo aguardaria para determinar lo que deberian hacer.

Cuando desde sus buques oyó Pedro Contreras el repique, envió una embarcacion á informarse de la causa de aquel alboroto: apoderáronse de ella los de Panamá, y faltó poco para que aprovechándose de la oscuridad de la noche, y ayudados de los prisioneros que cogieron en la barca, hiciesen lo mismo con el buque en que venia Contreras. Asustado este se salió del puerto, y se mantuvo cruzando en espera de noticias de su hermano.

En el entretanto no perdian el tiempo los de Panamá, armando y organizando la gente lo me

por posible, aunque hubieron de contentarse con armar á los negros de piedras y palos á falta de otras armas mejores. Fortificaron tambien la ciudad, tanto por la parte del mar, como por la de tierra, y Martin Ruiz de Marchena fué nombrado gefe. Cianca, hermano del oidor del mismo nombre, que era uno de los capitanes, pidió que le dejasen ir con una partida en busca de Salguero y de su gente, para acabar con todos, habiendo al fin consentido en ello los de Panamá aunque con alguna repugnancia. A poco de haber salido de la ciudad encontró á un estanciero, el cual le dió aviso de que los sublevados que se creian en marcha para Nombre de Dios, sabian ya lo ocurrido y volvian sobre Panamá. Considerando entonces Cianca la falta que en tal caso haria allí su gente, y que ademas á su salida se ignoraba este movimiento del enemigo, que podria caer sobre la ciudad de sorpresa, no dudó un momento en volverse, y así lo hizo.

Fué sin duda muy acertada la determinacion de Cianca, porque en Panamá estaban descuidados y con su aviso se pusieron sobre las armas y tomaron las precauciones convenientes. Apareció á poco Bermejo, y emprendió ganar la entrada de la ciudad; pero encontró tal resistencia, que apesar de haber hecho todo esfuerzo se vió obligado á retirarse con pérdida de dos

muertos y algunos heridos. Fuése á situar á un cuarto de legua de la ciudad, desde donde viendo que su gente estaba algo desanimada por el mal recibimiento, envió avisos á Hernando y á Salguero, encargándoles que se le reuniesen lo mas pronto posible, por lo mucho que importaba ganar aquella plaza. Resolvió intentarlo de nuevo al dia siguiente, valiéndose del arbitrio de incendiarla por varias partes para llamar la atencion de los habitantes, y que acudiendo á apagar el fuego descuidasen la defensa; mas no fué tan secreta su determinacion que no llegase á oidos del tesorero Anaya, que iba preso como dijimos, quien se dió maña de hacer que pasase la noticia á la ciudad.

Los de allí andaban en consultas sobre el partido que deberian tomar. Unos, y eran los mas, querian que desde luego se saliese á dar la batalla fuera de la ciudad, con el fin de evitar que Bermejo llevase á cabo su proyectado incendio, y tambien para no dar lugar á que se le uniesen los refuerzos que aguardaba, á lo que añadian aun otras razones de peso. El obispo y otros pocos se oponian, diciendo, que era mas seguro aguardar al enemigo en la ciudad, porque como lo rechazaron la vez primera así lo rechazarian la segunda, y en el intermedio podria llegar el socorro que Gasca les habia ofrecido. Prevaleció al fin el parecer de los primeros, y saliendo

de la ciudad se fueron sobre el enemigo. Juan Bermejo que los vió venir se quedó asombrado, porque no se esperaba tal cosa, antes los suponía llenos de miedo. Notando, pues, el denuedo con que avanzaban, no se consideró seguro en la posición que ocupaba, y se trasladó á un cerro vecino.

Mientras ejecutaba este movimiento aparecieron varias mulas cargadas seguidas de algunos soldados. Pertenecían estos á la partida de Salguero. Cuando este llegó á las Cruces ya el presidente había marchado y solo encontró allí un buque cargado de plata de que tomó posesión. Al venir con ella supo que los de Panamá se habían declarado en contra de la rebelión, lo que le hizo encaminarse á Nombre de Dios esperando reunirse con Hernando y Bermejo, á quienes suponía allí; mas en el camino comenzaron las noticias contradictorias, y á variar los pareceres hasta que llegada la noche se desbandaron todos, y cada uno tomó por su lado. Algunos de estos dispersos llegaron á la costa, y fueron recogidos por Pedro Contreras en los buques, y otros, entre ellos Salguero, fueron á dar al campo de Bermejo; porque las mulas, si bien llegaron al mismo tiempo, ellos no las traían, sino que como los animales conocían el camino vinieron por su voluntad. En esta dispersion se estravió ó fué robada la mayor parte de la plata que apresó Sal-

guero, aunque despues la recobró Gasca casi toda.

Colocado Bermejo en la nueva posición que había elegido aguardó en ella á los de Panamá. Estos se dispusieron desde luego á desalojarlo, comenzando por situar á los negros en un cerro vecino para que le molestasen con piedras, y en seguida le acometieron. Los sublevados se defendían como hombres que solo podían esperar la horca si eran vencidos, y los vecinos peleaban por sus familias y bienes. Fué al fin tan tenaz la resistencia, que estos últimos se vieron precisados á ceder, huyendo mas bien que retirándose. Mas como Bermejo no los persiguió, recelando que su fuga fuese fingida para atraerle á alguna emboscada, tuvieron tiempo de rehacerse, y avergonzados de su debilidad embistieron en esta vez con tal ímpetu, que pusieron en derrota á los sublevados, quedando todos muertos ó prisioneros, escepto unos pocos que huyeron hácia la costa y entraron en los buques de Pedro Contreras. Entre los muertos, que fueron muchos, se contaron los dos gefes Bermejo y Salguero, y también los vecinos por su parte perdieron algunos capitanes y soldados. Dióse esta batalla el 23 de Abril de 1550. Los prisioneros fueron llevados á la ciudad y encerrados en un patio, en donde á poco entró el alguacil mayor é hizo matar á la mayor parte á puñala-

das. 2.^o Despues ahorcaron á los pocos que quedaron vivos.

Hernando Contreras que ya por el aviso de Bermejo volvía á Panamá dejando una corta guarnicion en Capira, sabiendo lo ocurrido en aquella ciudad y la derrota de los suyos, perdió el ánimo y dijo á los que le acompañaban que cada uno se fuera por donde le pareciese, y él se encaminó hácia Natá. Algunos que salieron despues de Panamá en su busca encontraron un hombre ahogado en una ciénega, que por varias piezas del vestido que aun conservaba, reconocieron ser Hernando. Le cortaron la cabeza y la llevaron á Panamá en donde fué puesta á la expectacion pública. No faltó quien dijese que aquella no era la cabeza de Hernando y que se habian valido de ese ardid para salvarle; sea como fuere, lo cierto es que no se volvió á saber de él. Los que habian quedado en Capira tambien se desbandaron al saber que Gasca habia salido con gente de Nombre de Dios para ir á socorrer á Panamá.

Pedro Contreras el hermano menor, no fué mas afortunado. Viendo la derrota de los suyos se dirigió con sus buques hácia la punta de

25 No vemos qué motivo hubo para estos asesinatos, de que no habla Herrera, ejecutados á sangre fria en unas personas indefensas, y si mediaria algun resentimiento personal del alguacil ejecutor, el que se llamaba Alonso de Villalva.

Higuera, y los de Panamá despues de algunos dias despacharon tras él otros buques á cargo de Nicolas Zamorano. No sabiendo este qué rumbo habrian tomado los enemigos, se dirigió casualmente al mismo punto, y allí se encontró con ellos. Así que los sublevados vieron venir á Zamorano, le abandonaron los buques con los marineros, y metiéndose precipitadamente en las lanchas, tomaron tierra y se internaron. Zamorano desembarcó tambien gente, y no pudo alcanzar mas que á unos pocos, y con ellos se volvió á hacer á la vela. Mas las corrientes le eran contrarias, y no podia arribar á Panamá, hasta que al fin se vió precisado á volver á la punta de Higuera para hacer aguada. Allí supo que los enemigos estaban cerca, y volviendo á despachar gente los alcanzaron y prendieron á todos, sin que escapasen mas que Pedro Contreras, y otros ocho ó diez, de los que nunca se volvió á saber, suponiéndose que los matarian los Indios ó las fieras. Los presos fueron llevados á Panamá y allí ahorcados con todos los demas que se habian cogido en la campaña.

El presidente Gasca tan luego como supo la rebelion se dió prisa á juntar gente en Nombre de Dios, y marchó con ella á Panamá; pero cuando llegó ya todo estaba concluido y no tuvo otra cosa que hacer sino castigar á los delinquentes. Tambien incluyó en ellos á algunos

que sin haber hecho armas, se tomaron la libertad de apropiarse algo del botin de Salgero en las Cruces, porque, "é rio revuelto quisieron ser pescadores." ²⁶ — Tal fué el trágico fin de la sublevacion de los Contreras, habiendo perdido la vida cuantos tomaron parte en ella. Causa compasion la suerte de los jóvenes Contreras, que mas bien que á sus propios deseos de venganzas dieron oidos á las sugeriones de hombres perversos que quisieron hacer los instrumentos de sus miras perversas y los arrastraron en su ruina.

²⁶ Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib 6, cap. 7. 10—13.—Gomara, Historia de las Indias (Anvers 1554.) cap 193.—Zárate Conq. del Perú, lib. 7 cap.—11—13. Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap.—13.—7.—10.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 5, cap. 16; lib. 6, cap. 1.—7.—Velasco, Hist de Quito, tom. II. pp. 344, 347.—Melendez, Tesoros, tom. I. lib. 2, cap. 8, 9.—Benzoni, Novi Orbis Historia (Genevae, 1578.) lib. 3, cap. 16.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 20.—Gonzalez Davi-

la, Teatro Ecles de Indias, (Madrid, 1649. 55.) tom. I. pág. 235.

He referido en este capítulo los sucesos de la sublevacion de los dos hermanos Contreras, por la estrecha relacion que tienen con la historia del Perú, aunque pasaron en el Istmo. Panamá fué primero por costumbre y luego por ley, la única via de comunicacion entre la metrópoli y sus colonias del Pacífico, por lo cual era el punto mas importante de toda aquella costa.

CAPITULO II.

NUEVOS DESÓRDENES EN EL CUZZO.—LLEGADA DEL VIREY DON ANTONIO DE MENDOZA.—DESCONTEÑO GENERAL.—MUERTE DEL VIREY.—ASELINATO DE HINOJOSA.—DESÓRDENES EN LA PROVINCIA DE CHARCAS.

1550—1553.

Partido el presidente Gasca y llegado el dia en que segun sus instrucciones, debia publicarse la lista del segundo repartimiento, se agolpó el pueblo á la sala de la Audiencia para imponerse cuanto antes de su contenido. Abrió el secretario el pliego y lo leyó públicamente, sucediendo, lo mismo que la vez pasada, que muchos, que nada aguardaban, lograron alguna cosa, y otros que esperaban mucho quedaron olvidados. Ya entonces no conoció limites la indig-